

Discurso del Presidente del Gobierno en el Debate General del 63º período de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas

Nueva York, jueves, 25 de septiembre de 2008

Señor Presidente, representantes de las distintas Delegaciones,

En pocas semanas se cumplirán sesenta años desde que se proclamara la Declaración Universal de los Derechos Humanos y estamos a medio camino en la aplicación de nuestras estrategias para alcanzar los Objetivos del Milenio.

La Declaración Universal de Derechos Humanos testimonia la decidida voluntad de dejarnos un mundo mejor que tuvo la generación de nuestros padres; una generación que sufrió, luchó y venció a los totalitarismos, y que condensó en aquel texto sus aspiraciones de libertad y prosperidad.

Los Objetivos del Milenio reflejan la voluntad, no menos decidida, de nuestra generación de afrontar, por fin, la pobreza extrema para dejar a nuestros hijos un mundo sin millones de seres humanos sufriendo diariamente el hambre y la miseria.

Ambos propósitos, la afirmación del respeto a los derechos humanos y la consecución de los Objetivos del Milenio, son posiblemente los más nobles y comprometidos con la dignidad de los seres humanos que se hayan planteado en la historia de la Humanidad.

Ya sólo por este hecho cabría decir que de todo el sufrimiento deliberadamente provocado por los hombres durante las últimas décadas, en este tiempo no hemos dejado de aprender, no hemos dejado de avanzar.

Podemos sentirnos satisfechos de haber conseguido identificar y ensanchar los horizontes de los seres humanos en el planeta. Podemos sentirnos satisfechos por ello, pero de ningún modo complacientes.

Y no cabe la complacencia porque, tanto si miramos en el horizonte de los Objetivos del Milenio, como si lo hacemos en el de los Derechos Humanos, la conclusión es la misma: los resultados están aún lejos de colmar nuestras aspiraciones, precisamente porque éstas conservan todo su valor, si es que no lo acrecientan aún más a medida que el tiempo pasa.

Hace diez años, cuando se conmemoraban los cincuenta años de la Declaración, el Presidente Nelson Mandela recordó que la pobreza “constituye una ofensa” contra ella y que “no es el resultado de fuerzas de la naturaleza”, sino de “la acción u omisión de los hombres, en particular de aquellos que ocupan posiciones de liderazgo en la política, la economía y otras esferas de la actividad humana”.

Conscientes de esa responsabilidad, nos comprometimos hace ocho años a hacer un esfuerzo único, en términos históricos, para aliviar la pobreza de millones de personas en el mundo. Quiero expresar con toda claridad mi opinión de que no hemos avanzado tanto como debiéramos, de que no hemos progresado tanto como nos habíamos propuesto, y, sin embargo, la necesidad es la misma o superior al momento en que fueron acordados los Objetivos del Milenio hace ocho años.

Señor Presidente,

Para alcanzar los Objetivos del Milenio en el año 2015 no podemos detenernos, no podemos excusar el incumplimiento de nuestras obligaciones en la situación de los mercados y no podemos escudarnos en las circunstancias para eludir nuestros compromisos, porque no se trata sólo de atender imperativos éticos, en sí mismos inaplazables; se trata de actuar responsablemente en favor de la estabilidad y del equilibrio internacional.

Es apremiante ponerse a la tarea de construir, al mismo tiempo, un nuevo orden financiero mundial, que prevenga situaciones como las que estamos viviendo, y es apremiante proseguir con determinación en la lucha contra el hambre y la miseria; hambre y miseria que sufren, inaceptablemente, millones de seres humanos y que son fuente continua de conflictos y de presiones migratorias difíciles de controlar.

Les hablo en nombre de un país, España, que está haciendo un considerable esfuerzo de solidaridad en su política de cooperación. En los últimos cuatro años España ha sido el Estado

que más ha aumentado su Ayuda Oficial al Desarrollo y nos hemos fijado el objetivo de alcanzar el 0,7 por 100 del Producto Interior Bruto en 2012. Es un objetivo de la sociedad española, que extiende este compromiso al deber de afrontar la actual crisis alimentaria.

España considera que la mejor forma de reafirmar el pleno valor de la Declaración de Derechos Humanos y de no perder la referencia inexcusable de 2015 es profundizar en el designio histórico de ambas efemérides, que no es otro que el de alcanzar la dignidad humana, a la vez como un muro impenetrable a la arbitrariedad y al despotismo, y como un dique frente a la pobreza extrema.

Hace algunas semanas hice, en nombre del Gobierno de España, una propuesta que hoy quiero reiterar: convertir 2015 en el año de una moratoria universal de la pena de muerte, como primer paso para conseguir su abolición. Pido a los representantes de los países que aún contemplan la pena capital en sus ordenamientos que apoyen esta medida y que acepten participar en un proceso de reflexión sobre el sentido de este castigo inflingido por los Estados.

La plena extensión y reconocimiento universal de los derechos humanos, y la erradicación de la pobreza extrema, pueden parecer, en el tiempo histórico de una generación viva, aspiraciones utópicas. Pero ya no lo son, no deben de serlo. A menudo, las utopías han sido sólo verdades prematuras. No las demoremos, no las aplacemos con actitudes de resignación o de torpe egoísmo porque, además, sólo con recorrer el camino ya estaremos trabajando a favor del orden internacional justo, seguro y solidario, que todos ambicionamos.

Señor Presidente,

La crisis financiera internacional que se inició hace un año está ya irradiando sus efectos en la gran mayoría de las economías desarrolladas y también en las que lo están menos, pues puede afectar a los Objetivos del Milenio: corre el riesgo de favorecer que los países más pobres sufran aún más debido a las malas prácticas en los países ricos, porque esta crisis financiera está poniendo de manifiesto, con crudeza, la necesidad de cuestionar los espacios económicos inmunes a la regulación y a la supervisión pública.

Ya sabemos a qué puede conducir la codicia especulativa en el caldo de cultivo de la desregulación. Es preciso, hoy más que nunca, reivindicar el papel de las instituciones, el papel de lo público, como elemento racionalizador de los mercados y el carácter instrumental de éstos al servicio de las necesidades reales de las familias, del bienestar de las personas, de su educación, de su salud y de la cohesión social.

Igual que en el ámbito nacional el Estado protege a los mercados de sus propios excesos, en el mundo de los mercados globales hacen falta instituciones que desarrollen paralelas funciones de control y de supervisión. Necesitamos una revisión de las reglas y las instituciones de la economía mundial, y necesitamos una visión compartida sobre el establecimiento de una nueva legalidad financiera internacional. Debemos aprender de los errores cometidos y debemos hacerlo pronto, con espíritu cooperativo.

Mi Gobierno se propone contribuir activamente a fraguar este nuevo orden financiero internacional. Promoveremos y respaldaremos un acuerdo que contenga compromisos ciertos de supervisión, transparencia y alerta temprana de las instituciones nacionales; que asegure el ágil concierto de las mismas para proveer de liquidez y de reservas anticíclicas de capital a los mercados en situaciones de necesidad, y que refuerce el papel de los órganos financieros internacionales.

Señor Presidente,

La prosperidad de nuestros pueblos sólo es posible si reinan la paz y la seguridad internacional, y la paz y la seguridad sólo serán posibles practicando un multilateralismo eficaz, asentado en el respeto y la salvaguarda de la legalidad internacional. Para mi país ya no hay otra forma de concebir el orden internacional.

Hace cuatro años propuse, en esta misma sala, consolidar una Alianza de Civilizaciones con el objetivo de tender puentes entre diferentes culturas y derribar los muros de la incompreensión. Hoy compruebo con satisfacción que la iniciativa, impulsada por España y Turquía, ha sido plenamente asumida por las Naciones Unidas y que cuenta ya con el apoyo de un Grupo de Amigos compuesto por noventa Estados y organizaciones internacionales.

El mundo sólo puede aspirar a la paz cuando el diálogo y el entendimiento sobre valores comunes, respetuosos de la diversidad, se eleven sobre la intolerancia y el fundamentalismo.

España seguirá haciendo valer esta convicción en todos los escenarios donde nuestra aportación es y pueda ser relevante; en Naciones Unidas y con Naciones Unidas en primer lugar. Lo haremos no sólo porque ésta es la mejor forma de hacer presentes los anhelos

mayoritarios de la sociedad española; también porque así queremos asumir nuestra responsabilidad con el orden internacional justo, seguro y solidario, en el que creemos.
Señor Presidente,

La capacidad de progreso humano es incuestionable. El afán de descubrir, de innovar, de superarse, abre puertas todos los días en todos los campos a las necesidades de los hombres. Se trata de poner esta inmensa fuerza creativa al servicio de los valores en los que se funda la dignidad de las personas, eliminando arbitrariedades, injusticias y todas las discriminaciones, empezando por las que, históricamente y de manera tan injusta, han sufrido las mujeres.

No nos podemos detener y no nos podemos resignar. Desde Naciones Unidas, con actitud racional con la ilusión de los valores compartidos, podemos lanzar una etapa de prosperidad y de cohesión mundial.

Para ello, necesitamos concertación y no unilateralismo; necesitamos que el desarrollo sea sostenible y no incontrolado; necesitamos diálogo político permanente y no ceder a viejas tentaciones de nuevas guerras frías; necesitamos erradicar la pobreza extrema y denunciar el egoísmo de los más ricos; necesitamos Naciones Unidas y necesitamos a todos los hombres y mujeres que saben que su dignidad depende de la dignidad que puedan alcanzar sus semejantes.

Ante todo, nos necesitan cientos de millones de personas en África, Latinoamérica y Asia. Éste ha de ser el sentido primordial de nuestra tarea. España se siente comprometida con esta tarea y cumplirá con su deber histórico para erradicar la miseria y la pobreza extrema del mundo. Esta generación lo puede hacer, esta generación lo debe hacer.

Muchas gracias.